

vilización americana, todas las ciencias y todas las artes, á conocer el colosal movimiento y el desarrollo extraordinario de este gran país, á educar el espíritu en la tolerancia y en la libertad, á conocer el bienestar de que se disfruta aquí en todas las esferas sociales, y á penetrarse de que toda esta grandeza tiene su fundamento en la escuela, en el sistema maravilloso de la educación popular, cuya organización es preciso comprender y estudiar para saberla admirar y proclamar su excelencia.

Así se formará un verdadero lazo de unión entre todos los pueblos de América, y se echarán las bases de la confraternidad americana.

Tengo el honor de ser de usted, señor, muy obediente-servidor,

P. GUZMÁN

Primer Secretario de la Legación  
de Colombia

## DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

El Sr. Rector del Colegio ha tenido á bien encomendarme el discurso que, por tradición dos veces y media secular, remata las tareas escolares de este Claustro, y que es como la despedida, momentánea no más para la mayor parte de vosotros, larga, quizás muy larga para algunos, y tal vez eterna para no pocos. Pero me siento sobrecogido pensando, como en estos momentos no puedo menos pensar de que, sin dotes adecuadas, voy á ocupar el puesto que en ocasiones semejantes han venido honrando con noble emulación tantas insignes glorias del Colegio, desde el Sr. Araque, primer Rector, hasta el sabio Maestro cuyas postreras palabras resuenan todavía en esta Aula Máxima.

Paréceme que, desfilando solemnemente las graves sombras de esos varones ilustres, me dirigen miradas de sorpresa y como de severa reconvención, arguyéndome de profano y temerario. Enriquecidos ellos con los caudales

de ciencia práctica y especulativa, allegados mediante la continua y profunda meditación de la verdad, por una parte, y por otra con la experiencia de los hombres y de las cosas, pudieron dar á su auditorio robustas enseñanzas y consejos utilísimos, pero cerraron la puerta á quienes, sin recursos semejantes, y como por cierto compromiso, habían de venir luego á reemplazarlos. Comuníqueme, no obstante, alguna confianza el pensamiento de que vosotros, tolerantes y magnánimos, escucharéis con benevolencia cuanto evoca recuerdos del Claustro que tanto amor os inspira y cuanto con él tenga siquiera mediana relación.

El nombre no más de este Colegio remueve las más gratas emociones, las esperanzas más halagüeñas, y toca las fibras más sensibles del joven que todavía vive bajo sus techos vetustos, del ciudadano que, de en medio de las agitadas luchas que sostiene, vuelve á él los fatigados ojos para contemplar de cerca la que fue su casa en los años juveniles; del repúblico que mira en él la cuna en que se meció la Patria débil todavía, pero quizá, por eso, más bella y más amable.

No es el amor que tenemos al Colegio del Rosario el que siente todo hombre bien nacido por la fuente en que bebió á raudales la verdad, que embriaga el alma, que hace el encanto de la vida, que alienta para recorrer el tortuoso sendero de nuestra peregrinación terrestre, y que da fuerzas para arribar al puerto de la paz, de esa felicidad que colma las aspiraciones casi infinitas del hombre. No es ese amor que, como fuego oculto, preade fácilmente al recordar esas horas felices que huyeron veloces en medio del trato franco y ameno de con discípulos amables, de los triunfos alcanzados en científicas contiendas, al reconstruir, en una palabra, esa vida tan sin preocupaciones y tan llena de encantos que se llama la vida del colegio. No es siquiera ese sentimiento que despierta la casa paterna cuando, pasados muchos años, vuelve uno á penetrar en

ella y descubre aquí y allí los sitios inolvidables, testigos de nuestros primeros pasos, que nos oyeron balbucir las primeras palabras, que escucharon juntamente con nosotros los cuentos fantásticos que nuestra madre nos relataba al caer de la tarde ó en las primeras horas de la noche. Nó; es un amor más grande todavía, más íntimo, más sagrado; y hé ahí por qué palpita no sólo en los que han frecuentado sus aulas y se han sentado en sus bancos y han aspirado el ambiente sagrado de la Capilla y hablado en presencia de su imagen con la Virgen del Rosario, sino en todos los que se sienten colombianos: el amor que despierta este Colegio es el amor de la Patria. ¿Y cómo no? si aquí nació ella, puede decirse que el mismo día en que el Colegio inició sus tareas y fueron promulgadas sus constituciones de espíritu republicano y netamente católicas; si creciendo aquí lentamente y en secreto se iba preparando para el día venturoso en que, llegada á su mayor edad, debía empezar su vida independiente; si los más ilustres de los hijos del Claustro formaron entonces, como lo han seguido formando siempre, su cortejo, ufanos de servirla, de engrandecerla con el brillo de sus virtudes, de circundarla con la fama de su saber, de defenderla con la valentía de su brazo vigoroso; si los mártires de la Patria, los que le ofrendaron sus vidas generosas, los que regaron sus altares con su sangre inmaculada, fueron en su mayoría los hijos del Rosario, cuyos retratos contemplan, cuyos pasos siguen, y cuyos ejemplos admiran sin cansarse cuantos viven aquí ó siquiera visitan nuestro Claustro.

Hé ahí por qué Colombia mira con cariño y con respeto este asilo, rodéalo como de poderosa muralla que lo defiende de las vicisitudes del tiempo, de los ataques sacrilegos de sus enemigos; tiénelo circundado de una aureola luminosa que lo distingue, que lo hace conocer como un monumento inviolable en donde incesantemente debe arder el fuego sagrado del amor patrio, fuego que ha de difun-

dirse por los ámbitos de la República y abrasar á cada uno de sus hijos.

Unido así íntimamente el Colegio con las glorias nacionales, confundió los sus intereses con los de la República, bien se echa de ver su misión principalísima, á dónde deben sus miras dirigirse, y cuál ha de ser en todo tiempo el espíritu que le informe y le dé vida. No ha de proponerse, como en verdad no se ha propuesto en sus mejores tiempos, como no se propone actualmente, fines mezquinos, i leales egoístas, ventajas personalísimas, ni el bienestar moral ó material para unos pocos. Educa á la juventud, hácela crecer sana de cuerpo y de espíritu, aliméntala con el sólido manjar de la verdad y del bien, y la guía incansablemente hasta colocarle en la frente el lauro del doctorado, nó precisamente para facilitarle una existencia menos azarosa, ni sólo para ayudarle á conquistar las victorias que debe conseguir siempre en las innumerables batallas de la vida, ni con el fin de aumentarle, con las luces de la ciencia, el lustre ya brillante que le dan una noble cuna y virtudes eximias. Nó; el fin que el Colegio se propone es la felicidad, el bienestar, la gloria, el progreso de la República; y para conseguirlo, prepara á los jóvenes, lentamente quizás, pero con sano criterio, infundiéndoles, ante todo, el respeto debido á Dios, fuente de toda verdad, infinito modelo de justicia, Padre común de buenos y malos, y centro al rededor del cual deben girar los seres racionales para conservar el orden, la armonía y la paz que procura de veras la felicidad individual y social, como giran al rededor del sol, en concierto magnífico, los astros del firmamento.

Difícilmente podría ser buen ciudadano y procurar la gloria de su Patria quien desconociera el honor y respeto que se deben á Dios, y sería imposible, con mucho mayor razón, que honrase cual conviene y respetase obediente á la autoridad humana, siendo así que la fuente de toda autoridad es Dios mismo, quien delega la suya al ele-

gido por las multitudes para regir el Estado. El solo temor de la espada, que no en vano esgrime el Magistrado, no sería suficiente freno para detener al hombre que, sin fe en Dios, se dejase llevar de sus pasiones, al que empujado por el vértigo de la locura ó la soberbia, pretendiese romper la armonía que en toda sociedad debe reinar, intentando invadir el lugar que no le corresponde, usurpar los oficios que otros desempeñan ó conquistar los honores que reciben aquellos á quienes el pueblo, instrumento de la Providencia, designa para regir los destinos del Estado. Ni puede existir miramiento por los derechos ajenos, ni propia dignidad, ni mucho menos verdadero patriotismo en quien prescinde en su vida pública ó privada de los fundamentales deberes que nos ligan con quien es origen de toda obligación.

Apoyados en esos principios, y ansiosos de ponerlos en práctica, vosotros llevaréis del Colegio la conciencia de que habéis de ser los mensajeros del bien, los defensores de la justicia y del orden, los bienhechores de vuestros conciudadanos, los baluartes más firmes de la Iglesia y del Estado. Olvidando un poco la propia personalidad, estaréis preocupados de los intereses generales del resto de los hombres con quienes viviréis amparados por unas mismas leyes, dentro de idéntico territorio, con usos, costumbres y lengua semejantes. No quedarán defraudadas las esperanzas de vuestros superiores, que al desarrollar mediante su labor educadora las buenas prendas de sus alumnos, al procurar hacer desaparecer los pequeños defectos de carácter que en algunos se encuentran, intentan destruir las causas de rencillas y animosidades y fomentar la unión, la armonía y la paz que deben reinar en los miembros de un mismo cuerpo social. La instrucción, que os abre más amplios horizontes, y que os da innegable superioridad, os prepara el camino para servir más fácilmente á aquellos que no habiendo podi lo recibir tal beneficio, carecen de las luces y medios adecuados para con-

ducirse á sí solos y procurarse el bienestar que ambicionan; vuestra voluntad, vigorizada por la virtud y guiada por el saber, tendrá recursos para levantar de la inacción á unos, excitar más y más la actividad de los otros, á fin de mantener siempre denodados los ánimos de todos y dispuestos á cooperar, como una sola fuerza, al engrandecimiento común.

Correrán los años con sorprendente rapidez, y los que más os hayáis distinguido por el amor y la obediencia, por las luces y virtudes, seréis llamados á dirigir las riendas del Estado. Sentiréis entonces, en virtud de vuestra elección y de la confianza que os atestigüe el pueblo confiando sus más caros intereses, que se acrecientan las obligaciones que antes teníais como simples ciudadanos, que con mayor ahinco debéis procurar el adelanto material y moral, el reinado de la justicia, en una palabra, la felicidad de todos los súbditos. Pesada será entonces vuestra misión, os habrá de parecer, en muchas ocasiones, superior á las fuerzas humanas; pero las enseñanzas de vuestro antiguo Colegio os servirán de guía y darán á vuestro brazo fortaleza; más que en ocasión alguna sentiréis entonces la necesidad de acatar á Dios é imitar sus soberanas perfecciones, porque sólo dejaréis satisfechos á los pueblos si es vuestro Gobierno una copia de aquel con que Dios ordena y dirige á las naciones. Intima el Supremo Legislador sus leyes á los hombres, no para hacer alarde de poder, pues harto lo revelan las criaturas: “los cielos que publican su gloria, y el firmamento que anuncia la grandeza de las obras de sus manos”; díctalas solamente para proveer, con muestras de incomparable amor, á la felicidad temporal y eterna de sus hijos, que hijos y no siervos quiere que sean los seres racionales. Conocedor de la humana flaqueza, de la innata inclinación al mal que seduce y avasalla á los hijos de Adán, mira con paternal amor aun al delincuente, haciéndole conocer la magnitud de su delito, procura ganarlo á fuerza de favores; no le niega su amor en nin-

gún tiempo, ordena que el sol le siga alumbrando en su camino, que la lluvia del cielo refrescando la tierra le fecunde y multiplique las semillas de sus campos, y al imponer el indispensable castigo al pertinaz, ejercita tanto el rigor de su justicia, como la blandura infinita de su misericordia.

Grande será, sin duda, en todo tiempo, indecible la felicidad de los que dirijan el Colegio del Rosario, si tienen la seguridad de conseguir, aunque ellos mismos no los vean al momento, tan hermosos y laudables resultados. ¿En qué labor podrían emplearse con más gusto las fuerzas del cuerpo, las energías de la voluntad, la vida misma, que en la formación de los elementos vivos que constituyen la Patria, si no hay debajo del sol en el orden natural, nada más grande que ella, nada más hermoso, nada más digno de amor y de la veneración más sagrada? ¿Y qué cosa más noble que transmitir con el ejemplo y la palabra esas saludables enseñanzas de que están empapadas las constituciones que rigen este Colegio, que inculcar en las almas dóciles de la juventud los principios fundamentales de que depende la prosperidad de la Nación; que enseñar cuál debe ser la misión de cada ciudadano y los medios de llenarla plenamente, cuál la parte que á cada uno corresponde, cuál el empeño de todos para que ninguno padezca, y cuál la íntima unión en que han de vivir todos ligados?

Los que no volvéis al Colegio, por corta que haya sido la permanencia en él, lleváis un inmenso tesoro que vale más que la ciencia, más que los caudales que fascinan á jóvenes que tengan miras menos elevadas que vosotros: lleváis de aquí encendido el amor á la Patria, amor desinteresado, puro, y que va á manifestarse en formas diferentes. Amantes y sostenedores del orden, cumplidores de toda justicia, defensores incansables de la verdad, impugnadores del error y del vicio, tolerantes con las personas, vais á propagar por dondequiera la buena doctrina, los principios salvadores. Con la ciencia los unos, otros con

los arreos de la elocuencia, quiénes con el trabajo inteligente y tenaz en las empresas, vais á contribuir con eficacia al engrandecimiento del país, al adelanto material y moral, y la Patria, agradecida, guardará vuestros nombres en su seno, grabados con caracteres que no lograrán borrar los tiempos ni los hombres.

JENARO JIMÉNEZ  
Presbítero

Octubre 31 de 1907

## EN EL DÍA DE LA PATRIA

De Dios ante las aras

Rín-lase toda sien; los pabellones

Dobléguense humillados,

Alce la diana sus alegres sonos,

Y en alas del amor arrebatados

Elévense al Señor los corazones!

El es quien da la gloria;

El es quien á la frente del guerrero

Ciñe el verde laurel de la victoria;

Quien al brazo vigor, corte al acero

Y al ánimo coraje y bizarría

Da en medio del fragor de la batalla;

El quien la mano de la muerte guía

Entre el ronco tronar de la metralla,

Para que el trono vil ruede deshecho,

Se doblegue humillada

La soberbia altanera,

Y de la libertad y del derecho

Flote ilesa y triunfante la bandera.

A El todo honor sea dado

Hoy que la Patria santa

De uno al otro confín de sus fronteras

Himno triunfante de victoria canta;